

NEUROSIS OBSESIVA COMPULSION Y FEMINEIDAD

FOTOCOPIA	ORA
31	CENISE
CLINICA	ADULTOS
Folio 163	S/F -
	DEF 4

Juan C. Indart

Verónica Carbone
Juan J. Criscaut
Norberto Elizondo
Ennia Favret
Ana Meyer
Sergio Migdalek
Ana C. Nemaric
Liliana Rossi
Adriana M. Rubistein
Luis Tudanca
Diana Valla
Fernando Vitale

EDITA VIGENCIA

COMPULSION I

Juan J. Criscaut
Adriana M. Rubistein
Fernando Vitale

INTRODUCCION

Haremos una breve reseña del concepto de compulsión en Freud y luego en Lacan pues los casos clínicos que se presentarán a continuación, nos parecieron especialmente apropiados para la discusión de dicha noción.

Inicialmente, en 1895 en el *Proyecto de una psicología para neurólogos*, Freud usa el concepto de compulsión como modo de referirse a todo lo que se impone al sujeto como una determinación que desconoce. Tanto es así que lo usa indistintamente para neurosis obsesiva y para histeria.

En cuanto a la formación de síntomas sostiene que mientras en la histeria se producen por represión con formación de símbolo, en la neurosis obsesiva se trata de represión sin formación de símbolo, aclarando que sucede de tal forma porque la represión y la sustitución no coinciden en el tiempo. "Por tanto, el proceso de la represión subsiste como núcleo del enigma."¹

En el *Manuscrito K* —un año más tarde, el 1º de enero de 1896—, el concepto de compulsión ya es usado exclusivamente con relación a la neurosis obsesiva.

En este texto define las obsesiones como: "aberraciones patológicas de estados psíquicos normales."²

El afecto del que se trata en esta neurosis es el reproche, desarrollado luego de una vivencia primaria sexual placentera en exceso que, recordada luego, da ocasión al desprendimiento de displacer, el cual se reprime junto con el recuerdo. Describe que con posterioridad, a continuación del reproche, se formará un síntoma contrario en la conciencia: la escrupulosidad como conciencia de culpa sin sentido, desfigurada en el tiempo y en el contenido.

Las representaciones obsesivas —que son correctas en el afecto y categoría pero falsas por corrimiento temporal y sustitución analógica—, surgirían más adelante.

Resumiendo entonces, luego del reproche se suceden:

— Síntomas primarios: la escrupulosidad; síntomas de compromiso de la enfermedad que son las representaciones y afectos obsesivos y

— Síntomas secundarios de defensa: la obsesión caviladora, la obsesión de guardar, la dipsomanía, los ceremoniales y la *Folie de doute* (Locura de duda).

En la carta a Fliess del 6 de diciembre de 1896,³ sigue buscando las diferencias específicas de la compulsión y la define como la reproducción de una vivencia sexual que desprende placer no inhibible.

En la carta del 22 de diciembre de 1897 afirma que el punto donde irrumpe lo reprimido en la neurosis obsesiva es al nivel de la representación-palabra, en el recuerdo-palabra y no en el concepto que de ella depende; lo cual equivale a decir que en su opinión se trata de un mecanismo de conexiones puramente significantes, puramente lógicas. Da pruebas de lo dicho mencionando el caso de aquella muchacha que era "fastidiada por la representación obsesiva: No, no debes alejarte, todavía no has *terminado*, todavía tienes que *hacer* más, aprender todo lo posible. Tras ello, el recuerdo de escenas infantiles en que la ponen en la bacinilla, no quiere permanecer y experimenta la misma obligación. No debes alejarte, todavía no has *terminado*, tienes que *hacer* más."⁴

En "A propósito de un caso de neurosis obsesiva (el "Hombre de las Ratas"), retoma el mecanismo de formación de

síntomas y afirma que en dicha neurosis la represión no se explica por amnesia sino por un proceso de sustracción del afecto, cuyo resultado es el desgarramiento de los nexos causales.

Insiste en que las representaciones obsesivas son "reproches mudados, que retornan de la represión y están referidos siempre a una acción de la infancia, una acción sexual realizada con placer";⁵ pero agrega que es más correcto hablar de "pensar obsesivo". Subrayamos que ya está presente que tras las compulsiones siempre hay una idea que *se piensa*.

Por otro lado aquellos temas vinculados a las incertidumbres universales como son: la duración de la vida, la vida después de la muerte o la memoria, son temas de elección privilegiada en las cavilaciones obsesivas. Esto no impide que la preocupación por la muerte sea usada secundariamente como una defensa, como modo de compensar la duda y rectificar las inhibiciones insoportables.⁶

También afirma que es forzoso que lo compulsivo se ejecute, porque si el mandamiento obsesivo no se cumple, la tensión insoportable es sentida como "suprema angustia".⁷

A partir de *Inhibición, síntoma y angustia* ya no usa el concepto de represión para la neurosis obsesiva. Redefine el proceso de formación de las compulsiones con lo que él mismo llama "el viejo concepto de la *defensa*",⁸ y agrega que los mecanismos de aislamiento y anulación producen un efecto igual al que genera, en la histeria, la represión con amnesia.

Acerca del tema de la satisfacción, sostiene que: "la moción pulsional ha encontrado, por cierto, un sustituto, pero uno harto mutilado, desplazado, inhibido. Ya no es reconocible como satisfacción. Y si ese sustituto llega a consumarse, no se produce ninguna sensación de placer; en cambio de ello, tal consumación ha cobrado el carácter de la compulsión. Pero en esa degradación a síntoma del decurso de la satisfacción, la represión demuestra su poder también en otro punto. El proceso sustitutivo es mantenido lejos, en todo lo posible, de su descarga por la motilidad; y si esto no se logra, se ve forzado a agotarse en la alteración del cuerpo propio y no se le permite desbordar sobre el mundo exterior; le está prohibido trasponerse en acción."⁹

Por último, Freud concentra varios conceptos en una idea, que da lugar a varias líneas, al decir que en la neurosis obsesiva el “yo obedece a uno de los más antiguos y fundamentales mandamientos de la neurosis obsesiva, el tabú del *contacto*.”¹⁰ Esto da pie para pensar en cómo vislumbra lo que angustia de la relación con el Otro. Ese Otro interdicto es: por un lado la mujer y por otro el propio sentimiento de hostilidad hacia el Otro. Dice allí que este tabú sintetiza las prohibiciones pues el contacto genera angustia. Esa suprema angustia de la que el obsesivo sabe mucho.

Tomando en cuenta la perspectiva lacaniana se hace llamativa la ausencia del uso del concepto de compulsión a lo largo de sus *Escritos*. En ellos, desarrolla fundamentalmente la modalidad de relación del neurótico obsesivo con el gran Otro.

Sin embargo, podemos deducir lo que corresponde a la compulsión en las distintas descripciones del clima en que vive el neurótico obsesivo. Así tenemos centralmente la noción de: “trabajo forzado que envuelve en este sujeto hasta los mismos ocios.”¹¹ También en el “Mito individual del neurótico” encontramos expresiones tales como: “se hace un deber”, o un “mandamiento interior”, o que: “para extinguir la deuda (...) hay que devolverla.”¹² El único momento en el que usa la palabra compulsivo es en “La dirección de la cura...” cuando al referirse al caso del “Hombre de las Ratas” habla de su “gran libreto compulsivo.”¹³

Donde encontramos referencias precisas aplicables a la compulsión es en el Seminario 8, “La transferencia”. Allí conceptualiza el Falo como significante absoluto, símbolo de la presencia real del deseo en tanto sexual, del que el neurótico obsesivo hará un uso defensivo como función generalizada que da significación a todos los objetos, pero en forma degradada, es decir en forma consciente.

Con esta formalización, Lacan ubica aquellas intenciones agresivas del sujeto obsesivo en el plano simbólico, al afirmar que ante la presencia real del deseo del Otro, a través del significante fálico, el obsesivo instala el insulto a esa presencia. Dice textualmente: “lo que en la obsesión, llamamos agresividad, se presenta siempre como una agresión hacia esa forma de aparición del Otro que he llamado en otros tiempos

‘falofanía’ (*phalloghanie*), el Otro en tanto que puede presentarse como falo”. Lo que hace el obsesivo es: “Golpear el falo en el Otro para curar la castración simbólica, golpearlo en el plano imaginario, es la vía que elige el obsesivo para intentar abolir la dificultad que designo bajo el nombre de parasitismo del significante en el sujeto.”

(...) “la relación del obsesivo al objeto –a un objeto siempre metonímico, puesto que para él el Otro es esencialmente intercambiable–, es esencialmente gobernado por algo que tiene relación con la castración, la cual toma aquí forma directamente agresiva –ausencia, desprecio, rechazo del signo del deseo del Otro. No abolición ni destrucción del deseo del Otro, sino rechazo de sus signos.”¹⁴

Agrega en la lección siguiente que el neurótico obsesivo intenta, a esa presencia real “reducirla, rasgarla, triturarla en el mecanismo del deseo.”¹⁵

Otras referencias a compulsión se encuentran en el Seminario 10, “La angustia”. En su lección veintidós se observa que utiliza los términos obsesión y compulsión como sinónimos. Leemos: “¿Qué nos presenta el obsesivo bajo la forma patognomónica de su posición? La obsesión o compulsión, articulada o no para él en una motivación en su lenguaje interior: ‘haz esto o aquello, ve a verificar que la puerta, la canilla, está o no cerrada’. Bajo su forma más ejemplar, este síntoma implica que la no continuación, por así decir, de su línea, despierta la angustia.”¹⁶

Hace un aporte riquísimo cuando –en el cuadro de doble entrada sobre los tres significantes freudianos: inhibición, síntoma y angustia–, ubica a la compulsión en el casillero encima de síntoma, en la misma columna, en el cuadro de la dificultad del movimiento, del impedimento por haber caído en la trampa de la imagen especular. “El sujeto está impedido de atenerse a su deseo de retener, y en el obsesivo esto se manifiesta como compulsión.”¹⁷

También confirma la última teoría freudiana respecto de que el síntoma obsesivo es una función de defensa, un deseo-defensa, defendiéndose de otro deseo. Diríamos que anulando el deseo del Otro anula su deseo.

Lo que enfatiza al estudiar el tema de la compulsión en

relación a la angustia, es determinar por qué y cómo se produce el hecho de que el neurótico obsesivo, que es un limitado en la acción, se muestre justamente impedido de retener, impedido de impedirse, y así se alumbra cómo y por qué actúa el obsesivo, cómo se gesta el acto compulsivo.

La obsesión es, pues, el intento de fabricación de un Otro consistente. Dicha maniobra es respuesta a la angustia que produce al sujeto, precisamente, la inconsistencia del Otro.

En el mismo Seminario se refiere al comportamiento del obsesivo "en su tan particular manera de tratar al significante, es decir de ponerlo en duda, de sacarle brillo, de borrarlo, de tritularlo, de reducirlo a migajas, o sea de comportarse con él como Lady Macbeth con esa maldita huella de sangre."¹⁸

Desde Freud, la masturbación es entendida como un placer autoerótico ligado al falo y a la culpa que este acto engendra, trastocado luego en un reproche que adquiere relieve como causa de las compulsiones. Desde la puntuación lacaniana del Seminario 10, la masturbación es en sí otra forma de defensa frente a la angustia despertada por toda sexualidad emergente.

En cuanto a los casos clínicos que presentaremos a continuación, hemos acentuado ex profeso en cada uno determinados recortes que nos permitirán desarrollar, en el primero, una perspectiva freudiana —la que privilegia el goce fálico como causa—, mientras que en el segundo los recortes ilustran tanto aquello que Lacan señala en el Seminario 8 referente al tema del significante fálico, como así también aspectos clínicos que ubican la causa de la angustia del sujeto en relación al deseo del Otro, tal como lo desarrolla Lacan en el Seminario 10; donde también se deduce el valor defensivo de la compulsión, en tanto ejercicio del Uno.

De modo que podríamos decir que desde el Uno en Freud se abre el camino al gran Otro, y desde el gran Otro y su deseo, se puede articular su relación con el Uno.

CASOS Y COMENTARIOS

Caso 1

Se trata de dos breves recortes extraídos del análisis de una mujer, que tenía veinticinco años al momento de la consulta y que lleva varios en análisis.

Uno de los modos en que se le presentaba su síntoma, tenía un carácter francamente compulsivo: desde su infancia, en forma periódica, se veía inexplicablemente asaltada por el pensamiento de que iba a morir de cáncer.

En una oportunidad concurre a sesión sumamente angustiada relatando que al levantarse esa mañana había sentido un pequeño dolor en el pecho, hecho que motivó que nuevamente no pudiera dejar de pensar que iba a morir de cáncer.

La reconstrucción que pudo hacerse en esa ocasión, fue la siguiente:

Al comentarle a su pareja que, por razones de trabajo, al día siguiente tendría que entrevistarse con dos clientes, éste le había dicho, a modo de broma, que tuviese cuidado. Por la noche, mientras se encontraba mirando una película de acción, comenzó a pensar en la visita a sus clientes, cultivando la fantasía de que iba a ser violada por varios hombres a la vez.

Esa vez no pudo dejar de admitir que, a la par del miedo que sentía, extraña de su fantasía una intensa excitación sexual.

La conexión entre su fantasía y la posterior aparición de sus ideas de muerte, la llevaron a interrogar el origen infantil de las mismas.

Comenzó retomando la escena infantil que ella consideraba como origen de su temor obsesivo: tenía ocho años cuando escuchó comentar que, en el último tiempo, dos vecinos habían muerto de cáncer. Empezó a interrogar insistentemente a su madre sobre el tema, hasta que ésta le contestó fastidiada: "¿Qué te pasa, tenés miedo de ser cancerosa!?"

A partir de entonces no pudo dejar de pensar en la palabra "cancerosa", especialmente por las noches cuando se iba a dormir. Su único recurso frente a la intensa angustia que eso le ocasionaba, era repetirse en forma igualmente compulsiva

la palabra "oso, oso" o "cantemos otra canción". Decía que en los momentos de mayor angustia llegaba a pensar en la extravagante idea de estar en un ataúd bajo tierra, pensando eternamente en la palabra "cancerosa".

La novedad que aportó en esa ocasión, fue que si bien no podía precisar exactamente las fechas, por aquel entonces su madre solía retarla frecuentemente porque se tocaba compulsivamente los genitales. Recuerda que su masturbación tenía la particularidad de que mientras con una mano se tocaba, colocaba la otra de modo tal que podía imaginar que tenía un pene.

Ya casada, pudo apreciar que otro de los modos en que se le presentaba su síntoma, era el carácter compulsivo que tomaba para ella la cuestión de la limpieza, tanto en lo que respecta a su aseo personal como a la necesidad de tener todo limpio y reluciente. Podía notar claramente que había en eso algo excesivo, lo que en general era ubicado por ella bajo el capítulo de un no poder hacer nada en la vida sin el peso de una agobiante exigencia.

Sin embargo, un detalle permitió apreciar que eso no agotaba la explicación del síntoma. Dicho detalle apareció en el momento en que la limpieza entró en contacto con la escena sexual. En una oportunidad, a partir de una discusión con su marido, comenzó a interrogarse por lo insoportable que le resultaba el olor que les quedaba impregnado a ambos luego de mantener relaciones sexuales. Tal era la intensidad de su molestia que no podía dormir sin que antes los dos se bañaran.

Lo paradójico del tema es que debió admitir que no todos los olores corporales le resultaban igualmente insoportables; por el contrario, algunos le agradaban especialmente, como por ejemplo, el olor a transpiración de su pareja. Esto la llevó a recordar el intenso placer que sentía de niña al percibir el olor a transpiración de su padre, cuando era admitida en la cama de sus progenitores a raíz de su miedo a dormir sola.

Recordó también que en aquellas ocasiones la asaltaba la idea de que su padre pudiera excitarse sexualmente, confesando avergonzada que por esta razón no dejaba de espiarle el pene cada vez que podía. Unido a esto, expresó que cuando

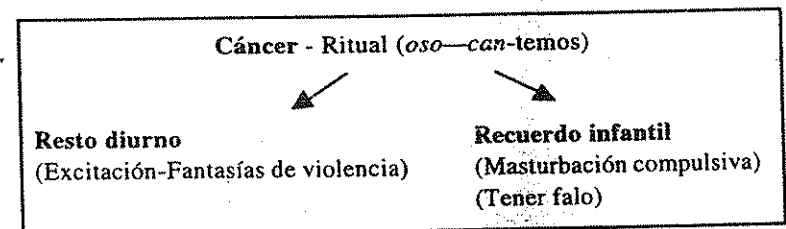
fantaseaba con su futura maternidad, pensaba que no querría que naciera una hija mujer, por temor a que pudiera excitar al padre.

Podemos seguir el incesante retorno de la misma cuestión, si atendemos al modo en que la actividad compulsiva se le trasladaba al terreno mismo de la escena sexual. Los pensamientos que allí la atormentaban giraban en torno a la siguiente cuestión: si ella no lograba satisfacer sexualmente a su pareja en la forma completa y definitiva en que se imponía hacerlo... él "podría quedar con ganas de tener relaciones con cualquier mujer que se le cruce en el camino."

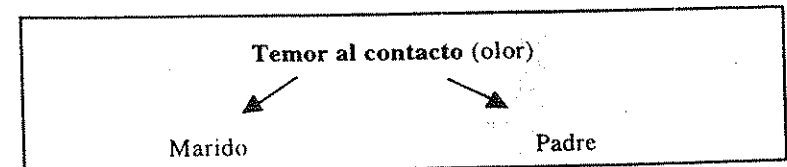
Eso la llevaba a desplegar una infernal actividad de control, consistente tanto en interrogar insistentemente a su pareja, como —más allá de las palabras ocasionales con que éste le respondiera—, en perseguir el signo que ella suponía que podría garantizarle el éxito de su operación. Cada vez que hablaba de ello, le retornaba algo que, siendo adolescente, le escuchó decir a su padre y que desde entonces no ha dejado de obsesionarla: "Los hombres siempre tienen ganas de coger."

COMENTARIO. PERSPECTIVA FREUDIANA

Síntoma 1



Síntoma 2



Acentuaremos en este caso la vertiente de análisis freudiana. Tomaremos las dos referencias sintomáticas más evidentes:

En primer término la paciente comenta la presencia de una idea obsesiva: temor a morir de cáncer; y a continuación otra manifestación compulsiva: el ritual verbal de repetir *oso-oso* y *can-temos otra canción*, intentando —con el juego de partición de la palabra en sílabas con una cadencia repetitiva—, anular retroactivamente el significado de la palabra “cáncer”, buscando llenar al mismo tiempo los espacios entre significantes para que no se reintroduzca la idea inconciliable.

El resto diurno al que se asocia ya alude a la excitación sexual ligada a un fantasma de violación por parte de los dos hombres a los que debía visitar esa noche; a continuación recuerda la escena infantil de su masturbación compulsiva, clitoridiana, que se acompañaba con la fantasía de tener un pene, que nos permite aplicar la línea interpretativa freudiana alrededor del concepto de *penis neid*.

Se puede observar que tanto la representación inherente a la masturbación infantil como a las ideas de muerte se manifiestan de manera consciente, siendo la desconexión y el desplazamiento lo que hace inentendible la razón de aparición del temor a morir.

Freud también descubría que la actividad masturbatoria se reflejaba en el carácter iterativo de diferentes actos. En este caso la podemos ver en lo frenético del uso de las palabras. Esto lo entendemos en su doble función: como defensa y como realización de un goce sexual en el acto verbal.

Encontramos también en el material aquello que comentamos en la introducción teórica referido al tabú de contacto. Este adquiere claras expresiones en su intolerancia a que el marido se toque los genitales, en la aprensión a los olores corporales, y en la necesidad de bañarse y hacer bañar al marido luego de tener relaciones sexuales con él. Las conexiones llegan hasta el recuerdo de la sensualidad despertada por la axila olorosa del padre, lo cual habla de una formación reactiva respecto de una idea inconciliable que es necesario anular, crear un “no sucedido”, y desplazar a una idea conciliable.

El conjunto de estos síntomas representa tanto el resultado de las prohibiciones paternas por las mociones edípicas, como la obtención de la satisfacción rechazada en la defensa misma.

El nivel genital se expresa en el modo del acto masturbatorio, consistente en imaginar tener un pene, envidia fálica que Freud coloca como una roca en el caso de las mujeres. Comprobamos en ésta la solución típica de la obsesión por regresión a la etapa anal, que da la forma a los síntomas descriptos.

En resumen: manifestaciones pulsionales hacia el padre, sofocadas y desplazadas a una estructura compulsiva integrada por ideas que se le imponen, actos que no se puede impedir, rituales con las palabras, necesidad de limpieza, tabú del contacto, ideas y fantasías de muerte.

Caso 2: Justicia a latigazos

La consulta

Se trata de una mujer de 58 años, que consulta preocupada por su envejecimiento y que dice querer analizarse para revisar su aversión por las mujeres, a las que siempre odió y despreció, y con las que quiere reconciliarse.

Tuvo una primera experiencia de análisis, interrumpida, que dejó como saldo una relación amorosa que se mantiene hace más de 8 años, absolutamente en secreto, y en la que dice haber encontrado una satisfacción sexual que no había experimentado hasta entonces. Le angustia pensar que esta relación puede concluir, se cuida para no ser descubierta, y la mantiene totalmente escindida del resto de su vida.

Su matrimonio ha sido sexualmente insatisfactorio, a pesar de lo cual no piensa separarse. Han logrado una buena posición económica que le permite a ella, que no trabaja, “dar y hacer por los otros.”

Su primer tratamiento había comenzado por una depresión severa al morir su padre, que coincidió con la muerte de un amigo de la familia al que amó en silencio, ya que en ese entonces le resultaba impensable la infidelidad.

El yo, el ideal y el carácter superyoico

Susy es un ama de casa perfecta, una mujer ordenada, que se ocupó de sus hijos mientras fueron chicos y que no soporta la pérdida del lugar que sufrió cuando ellos se casaron. Su crítica a su nuera y a través de ella a las mujeres modernas que descuidan a sus hijos, no se ocupan de sus maridos y no hacen lo que les corresponde, es permanente. También critica a las "casquivanas" de su club que no guardan las apariencias y que parece que quieren seducir hombres. No quiere que a ella la confundan. Como decía su padre, "no sólo hay que serlo, sino también parecerlo". Y ella ha cuidado siempre las apariencias.

Poco a poco van apareciendo ciertos rasgos que la ubican como un juez crítico y severo, que dicta sentencia y que se indigna porque las cosas no marchan como deberían hacerlo. No soporta que el tránsito se desordene ni que cada uno haga lo que quiera. Protesta porque los autos polarizados no la dejan ver adelante y eso la intranquiliza. Protesta también porque los perros andan por la calle, hacen sus necesidades en cualquier lado y autorizan a los paseadores a sacarlos. Le gustaría asesorar a la intendencia. Manda cartas. Es una militante del orden y de la justicia.

En sus relaciones familiares y sociales ella es la que organiza las fiestas, compra los regalos, hace la comida, se ocupa de los otros y critica duramente a los que no lo hacen y a los que no ven lo que ella ve.

Sólo que sus críticas y su deseo de justicia la llevan por momentos al borde de un exceso. Ella se imagina como una amazona, haciendo justicia pero a latigazos, o apedreando a las mujeres por sus pecados.

Por momentos reconoce este exceso y se pregunta: ¿por qué no puedo parar? ¿Por qué no puedo dejar de meterme? ¿Por qué me enfurezco?

Su historia

Susy pasó su infancia avergonzada, tratando de ocultar los secretos de su familia, la suciedad y la locura de su madre.

Su madre no hacía nada en su casa, no lavaba los platos, descuidaba a sus hijos, no los bañaba por miedo a que se le cayeran. Sólo vivía celando a su marido, espiando y buscando en cada detalle la prueba del engaño. Como su padre no se defendía de las acusaciones, ella pensaba que a lo mejor su madre tenía razón y vivía aterrorizada por la posibilidad de que él no aguantará más y se fuera.

Reiteradamente su padre perdía el control, tomaba un cuchillo amenazando a su mujer y comenzaba una escena ante la cual Susy se angustiaba e intervenía separándolos para salvar a su madre y proteger a sus hermanos. Se sentía la salvadora hasta que se dio cuenta de que sus padres se arreglaban y parecía que no había pasado nada. "Sólo nos hacían sufrir." "Mi hermana se asustaba y yo la protegía, pero no me daba cuenta de mi angustia."

Recuerda el horror y la desilusión que sintió una vez que, espiando el dormitorio de sus padres, vio desnudarse a su madre delante de él. Ella hacía lo contrario de lo que decía, pues afirmaba que no había que mostrarse ante un hombre.

Desde chica trató de disimular la sexualidad y la negligencia de su madre. Recogía las bombachas que ella dejaba sucias por la casa, o sus trapitos de menstruación. Se avergonzaba porque la veía salir a la calle sin ropa interior. Sentía pánico de que en el colegio descubrieran los agujeros que tenía en sus medias y que su madre no le cosía. No soportaba verla hacer payasadas y quedar en ridículo.

Nunca le perdonó a su padre haberse separado ni aceptó a su nueva mujer. A pesar del amor que sentía por él lo erradicó de su vida. Para evitar los desbordes de su madre, se convirtió en su escudo. A pedido de ella, le exigió a su padre que dejara de visitar a su familia con su nueva mujer y dejó de verlo cuando él no accedió. Fue por una contingencia que volvieron a tomar contacto. "Yo no lo hubiera llamado" dice entre llantos. Se reconoce identificada a él, cuidando las apariencias y se recrimina no haberlo perdonado.

Por otro lado su propia sexualidad estuvo siempre disimulada. Era enamoradiza pero nadie se daba cuenta: le gustaban los amigos del padre, el novio de la tía, etc. Su vida amorosa estuvo absolutamente restringida hasta su matrimonio. Se

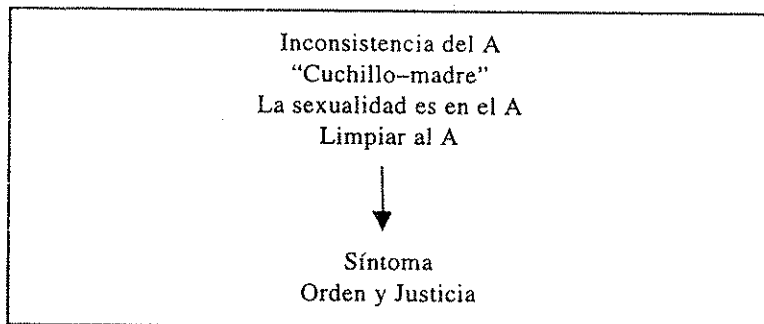
avergonzaba de sus juegos infantiles con cuchillos durante la siesta de los padres y sintió terror una vez que tocaron el timbre y estuvo a punto de ser descubierta.

Una escena infantil lleva la marca de la herida por haber sido descubierta en algo indebido y de haber roto la imagen de niña perfecta. Como era confiable, unas vecinas cuentan delante de ella secretos de amor vinculados a una infidelidad. Excitada por lo que escuchó, lo cuenta donde no debe y provoca un escándalo. No puede olvidar el reto de su padre y de las vecinas y la vergüenza y el horror que sintió por eso. "Cómo puede ser que Susy haya hecho eso."

Recuerda otra escena infantil en la que ocultó y disimuló también su satisfacción por algo indebido: había dormido una vez en la cama de su hermana y descascaró toda la pared. Sus padres acusaron a su hermana, y Susy nunca dijo que había sido ella.

Estas escenas retornan y toman su valor cuando se trata de poner en juego que su fachada de perfección disimula sus satisfacciones ocultas.

COMENTARIO. PERSPECTIVA LACANIANA



El síntoma sobre el que nos detendremos es el que está incorporado al yo como un rasgo que caracteriza a la paciente como adalid del orden y la justicia. Una mujer que se imagina a caballo imponiendo orden a latigazos a las mujeres "casqui-

vanas". Se trata de una fantasía con la que intenta poner en caja los celos patológicos de su madre y los momentos de descontrol de su padre, que se manifestaban en dramáticas escenas conyugales.

Para esta paciente las figuras del Otro castrado se generalizan en equivalencias sobre las que aplica su rigor fundamentalista. Esos otros equivalentes son la madre loca, el padre corriendo a la madre con un cuchillo, el padre infiel que abandona por otra mujer. Se hace extensivo al desorden del tránsito, y al mundo cotidiano. Tras las mujeres casquivanas puede reconocerse, por desplazamiento, aquella madre desnuda en la habitación, frente al padre que, haciendo lo contrario de lo que predicaba, la dejó pasmada.

Ella se identifica a sí misma como "el escudo de la madre." Esto define su posición en el fantasma desde donde intentó construir una madre que no fuera ni loca ni deseante: sólo la víctima de su padre. Es desde este lugar que se erige como la guardiana del orden, la justicia, la limpieza, las reglas y sanciona a su padre no viéndolo durante años. Complementariamente hace de sí misma una heroína, la garante absoluta de la purificación de la madre. Es una justiciera al modo fundamentalista. En su fantasía de hacerlo a caballo y con un látigo no sólo denuncia la falicidad marcada de su rasgo sino también una identificación al padre, pues lo evoca en un momento angustiante para ella: blandiendo un cuchillo contra la madre. El uso del instrumento fálico del lado del sujeto.

En su discurso siempre aplica la crítica y la sanción a los demás, nunca es para sí. Los desórdenes siempre son del otro.

¿Pero qué hay de su propio desorden? Por el momento un total encapsulamiento. Su infidelidad matrimonial, por ejemplo, no le altera para nada su posición moralista.

Sin embargo, es interesante destacar la presencia de dos recuerdos infantiles que hacen al tema. Aquel episodio en que descascaró la pared, dejando que fuera acusada su hermana, y el recuerdo de haber hablado de aquello de lo que no se debía hablar, de haber actuado por puro deseo, y haberse sentido descubierta. La niña, siempre controlada, pura, ordenada, fue arrastrada por su propio deseo de hablar de la sexualidad.